

PERDICES DE BLAS, LUIS Y GALLEGO ABAROA,
ELENA (COORDINADORES), *MUJERES ECONOMISTAS*,
Ecobook, Editorial del Economista,
Madrid, 2007, 580 páginas

Àngels Martínez i Castells

Aunque sea con cierto retraso en relación a su publicación, libros como *Mujeres Economistas* merecen seguir presentes en las páginas de los medios de comunicación –y de manera especial en las revistas de economía. Con ello se compensa sólo en parte, venciendo todo tipo de obstáculos y prejuicios, un agravio histórico y científico que ni las mujeres economistas ni la propia ciencia económica deben seguir padeciendo. En este sentido, *Mujeres Economistas*, bajo la coordinación de Luis Perdices de Blas y Elena Gallego Abaroa, hace llegar al público una hermosa y cuidada edición con los trabajos de una veintena de autoras y autores sobre las aportaciones más destacadas de otras tantas mujeres a la economía y a su divulgación durante los siglos XIX y XX. La selección de las *Mujeres Economistas*, afortunadamente, no se ha guiado por criterios gremiales estrictos –especialmente frustrantes cuando se trata de reivindicar la visión de las mujeres en campos especialmente androcéntricos. Y esta flexibilidad se agradece de manera especial cuando la obra se ha pensado en y desde España, y precisamente por ello valía la pena rescatar el contenido económico de *La Tribuna* y *Los pazos de Ulloa*, o la economía social que impregna los trabajos de Concepción Arenal. Sobre esta última autora ha investigado con acierto Inés Pérez-Soba Aguilar, en tanto que Elena Márquez de la Cruz y Ana Martínez de Cañeta se han encargado de transmitir en clave económica la obra de doña Emilia Pardo Bazán.

La generosidad de la selección invita también al lector o lectora a reivindicar autorías que le sean próximas, y valorar la ausencia de otras que para esta ocasión han quedado fuera del conjunto elegido. Pero es obvio que el recuento no ha hecho más que empezar porque – criterios nacionales al margen, y si se aplican con equidad las normas de selección -- por interés y obra propia no están todas las que merecerían estar.

Mi observación no resta mérito al compendio. De hecho, encontrar las aportaciones a la economía de las mujeres –tanto de las que figuran en el libro como de otras tantas que podrían haberse incluido—implica en la redacción de muchos capítulos un trabajo claramente pluridisciplinar: desde análisis genético de un pensamiento amalgamado en mayor o menor grado, pero casi siempre publicado bajo el nombre del marido cuando de mujeres economistas casadas con grandes economistas se trata (desde Harriet Taylor Mill hasta Beatrice Webb y Rose D. Friedman) hasta trabajo de arqueología económica en el amplio yacimiento de las ciencias sociales por la especial caducidad –con fuerte sesgo de género-- que padecen las aportaciones de las mujeres economistas. No sólo caen los nombres en las ediciones sucesivas de un artículo donde en primera edición

figuraban como co-autoras... es que además la memoria académica se muestra especialmente débil cuando de recordar mujeres se trata.

En el caso de las mujeres-esposas-economistas –con sus propias características y maneras de entender la vida-- su influencia en la obra firmada por el marido es, en la mayoría de los casos, francamente indudable. Por ejemplo, en los trabajos de Stuart Mill brillan las reivindicaciones de las mujeres de su tiempo de las que Harriet era portavoz ilustre, del mismo modo que en el socialismo fabiano la huella de Beatrice y Sidney Webb se confunden en el laborismo naciente de una clase obrera inglesa en busca de referente político. Elena Gallego Abaroa y José Luis Ramos Gorostiza se ocupan, respectivamente, de ambas mujeres-economistas y su entorno.

Peor suerte corrió Mary Paley Marshall, según nos cuenta Fernando Méndez Ibisate, ya que a pesar de ser respetada en los círculos académicos y muy estimada por sus estudiantes, no encontró ni complicidad ni apoyo en su marido, Alfred Marshall, para su labor en defensa de los derechos de las mujeres. En un capítulo posterior, Ignacio Ferrero Muñoz nos hace dar un salto mortal en el vacío al hablarnos de dos mujeres a la sombra de un Nobel. En un pasaje especialmente irritante sobre Rose D. Friedman, podemos leer que “él era más capaz y ella tuvo la humildad de aceptarlo...” a pesar de reconocerle “sobradas cualidades para la investigación económica...” que nunca acabaron de ponerse en práctica sino iban “al compás de las amplias investigaciones de Milton”... De compartir una cierta épica de la investigación y práctica política con los Mill y los Webb, pasamos con los Friedman al convencionalismo aceptado y no por ello menos frustrante. Quizás este hecho contribuya a que la mayoría de mujeres que se posicionan en la economía crítica no puedan sino profesar una dosis de apreciable distanciamiento entre su pensamiento y el de Milton Friedman --distancia que se extiende a los planteamientos conservadores en economía que son la norma, tan poco amigos de las mujeres en general y de las mujeres economistas en particular.

Quizá por la sorpresa de hallar en el libro *Mujeres Economistas* lecturas subordinadas al pensamiento convencional encuentro a faltar otras mujeres-esposas-economistas de grandes méritos como podía ser Alva Myrdal, Premio Nobel de la Paz en 1982 por los innegables méritos de su obra y su compromiso con la paz y el desarme, siguiendo la estela de otras grandes ausentes entre las páginas del libro que nos ocupa. Sin embargo, en este apartado de mujeres-esposas-economistas constituye un caso aparte Elizabeth Boody Schumpeter -- presentada en el libro por Manuel Santos Redondo -- y no sólo por su obra propia sobre ciclos económicos y sus reconocidos conocimientos sobre economía japonesa en años turbulentos, como por la responsabilidad económica y científica que asumió -- y por la que merecerá sin duda el eterno agradecimiento de los amantes del pensamiento económico-- al dar término y editar después de la muerte de su esposo, la monumental *History* schumpeteriana.

Otras *Mujeres Economistas* que era lógico encontrar figuran entre las elegidas para el compendio, aunque con acierto y nivel desigual. No podían faltar las fundadoras, Jane Marcet, Harriett Martineau y Millicent Garrett Fawcett, con su indudable valentía y tesón, compartiendo un capítulo imprescindible escrito por Elena Gallego Abaroa y John Reeder, ni Rosa Luxemburgo –a pesar de que se nos presenta en una lectura sesgada y

prescindible de Estrella Trincado Aznar. Destaca, en cambio, la profundidad del análisis con que se ofrece una completa panorámica de la vida y obra de la figura de Joan Robinson, a la que se le asignan dos capítulos que, al margen de obvias repeticiones, permiten a la lectora o lector hacerse con una imagen mucho más perfilada de su aportación y significado. Begoña Pérez Calle nos presenta con maestría la relación robinsoniana con la competencia imperfecta en tanto que Covadonga de la Iglesia Villasol incide con buena documentación y excelente recorrido en su faceta de "keynesiana de izquierdas".

En otros capítulos María Dolores Grandal Martín nos habla de Clara Elizabeth Collet y los primeros intentos de cuantificación de los salarios de las mujeres, María Blanco González de Ayn Rand y la defensa moral del capitalismo, y Paloma de la Nuez Sánchez-Cascado de Vera Smith y la escuela austríaca. A pesar de la diversidad de intereses de estas mujeres economistas, cabe destacar que el valor intrínseco de sus aportaciones es, en todos los casos, muy superior al que la historia del análisis económico les concede. Y, en este sentido, *Mujeres Economistas* las rescata para la visibilidad por méritos propios e indiscutibles.

Finalmente, los capítulos sobre Michèle Pujol y Marjorie Grice-Hutchinson pueden representar para lectores y lectoras un descubrimiento agradable y enriquecedor en el campo del pensamiento económico a pesar de lo divergente de sus intereses. Michèle Pujol estudió en profundidad la historia feminista de la economía, en tanto que la Grice-Hutchinson proclamó desde su juventud su afición por la historia y la civilización española. En sus respectivos trabajos, Cristina Carrasco y Luis Perdices de Blas dan sendas pruebas del rigor de su trabajo y rinden homenaje a unas Mujeres Economistas que sólo unas minorías reconocían y valoraban, pero que no por desconocidas por el gran público son menos importantes e interesantes. En contraposición a la larga y placentera vida de la Grice-Hutchinson, la temprana muerte de Michèle Pujol representó para el movimiento de mujeres, como escribe Cristina Carrasco, "la pérdida de una activa militante y privó a la economía feminista de una excelente y aguda crítica de la economía oficial." A la primera cabe agradecerle el amor que sintió por nuestro país y el rigor de sus investigaciones sobre el pensamiento económico español... Por lo que a la segunda se refiere, y de manera especial, cabría honrarla recogiendo el testigo para seguir con la tarea de acabar con el "rol subordinado atribuido a las mujeres por la economía"... Una tarea que parece especialmente urgente y necesaria en tiempos de crisis.